



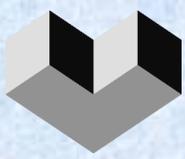
Huellas de compasión

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

La manera en que Dios se revela a la humanidad, ha sido atestiguada en las Sagradas Escrituras. Ella requiere ser acogida con Fe, para que pueda ser asumida como Buena Nueva de Salvación. En ella encontramos el diálogo fecundo de Dios con el hombre, de tal manera que lleva al creyente, a confiar y esperar aún en las dificultades, el sufrimiento o las crisis. Allí brilla la respuesta de fe de quien ha sabido acoger el conocimiento y amor que Dios le ofrece. La fe como gracia y respuesta comprometida, permite al ser humano disponerse para que, en él, Dios siga dejando su huella en el mundo. Así la doctrina eclesial nos propone que la escucha activa dispone al creyente porque “cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios”. (DV 5)

En esta escucha atenta, acerquémonos a la liturgia de la Palabra propuesta para este Domingo, meditando en la compasión de Dios. Esta característica de la revelación proviene de contemplar a Dios que se comunica a sí mismo, la Trinidad no comunica algo de ella, sino que en sí misma se pone en nuestras manos, por ello creemos en la presencia de Dios en el mundo, de manera particular a través de Jesús de Nazaret y la acción de su Espíritu entre nosotros. La compasión está en la esencia de Dios. (STh. I q.21 a.3)

La compasión del Padre, la encontramos hoy en la primera lectura, en donde Isaías nos presenta la manera en que el pueblo vuelve a la tierra prometida. El texto resalta la gratuidad del don de Dios. Ello es un signo elocuente de su generosidad compasiva. A pesar de las veces en que se le ha dado la espalda, Dios llama a sus hijos e hijas generosamente para que sacien sus necesidades “Vengan... tomen...sin pagar” (Is 55,1) no contento con ello, renueva la alianza “sellaré con ustedes la alianza para siempre” (Is 55,3). Acoger con fe, esta acción generosa y compasiva de parte de Dios, mueve el alma de los fieles a la gratuidad, al agradecimiento sincero por lo que ya se ha recibido. Definitivamente es una bendición pertenecer a la familia de Dios y contar con su favor.



desdelosimple

Para contemplar la vida

Lo que se nos ha anunciado en el Antiguo Testamento, tiene su concreción en el nuevo. Así la Iglesia nos enseña que: “Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición del Antiguo Testamento sobre la misericordia divina. No sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que, además, y, ante todo, él mismo la encarna y personifica. El mismo es, en cierto sentido, la misericordia. A quien la ve y la encuentra en él, Dios se hace concretamente «visible» como Padre «rico en misericordia» (Dives in Misericordia n.2) Es justo lo que nos presenta hoy Mateo en el Evangelio, Jesús siente compasión por todos aquellos que le siguen en las orillas del mar de Galilea. Este es un lugar privilegiado para el encuentro con el Hijo de Dios, allí llama a sus primeros discípulos y es también en donde los involucra con su obra. Jesús al sentir compasión cura las enfermedades y además provee el alimento necesario. De esta manera la Revelación nos señala a donde debemos acudir para curar nuestras propias enfermedades sin olvidar que, al alimentarnos con el pan del cielo, hasta saciarnos, nos vemos involucrados en la misión. También tenemos que recolectar las doce canastas, para seguir alimentando a otros que tengan hambre.

El Espíritu Santo que ha sido enviado por el Padre y el Hijo, nos mueve a compasión. La participación en la Eucaristía nos une en la caridad que Dios ha derramado en nuestros corazones, en ella constantemente nos vemos fortalecidos por el Espíritu de Dios, que nos llena de seguridad para proclamar con Pablo que si Dios está con nosotros en todo salimos vencedores. Si tenemos abiertos nuestros oídos a la voz de Dios, percibimos el amor con el que nos acoge aun en nuestras debilidades y sufrimientos. De allí aprendemos que la compasión con la cual somos tratados por Dios, se convierte en don y tarea. En la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana, solo movidos por su Espíritu podemos ejercitarnos en el servicio de la caridad por el prójimo.

María, que es proclamada como “Reina y Madre de Misericordia”, ya que supo proclamar la compasión del Padre, que acogió al Hijo de Dios y nos enseñó a escucharlo, ella que estuvo siempre dispuesta a la moción del Espíritu, nos ayude a encontrar el camino para acoger y servir el sacramento Eucarístico que se nos ha dado como alimento perdurable que nos conduce a la alegría eterna. Podamos así dejar huellas de la compasión que hemos recibido de Dios. ¡Seamos compasivos, como nuestro Dios es compasivo! (Lc 6,36).